

Cómo se hace un sistema gramatical

Traducción: Pablo Nicolás Pachilla

[Esta traducción fue realizada en el contexto del estudio de *Différence et répétition* de Gilles Deleuze, en el marco del grupo de estudio argentino La deleuziana. El interés por Guillaume fue suscitado a partir de un pasaje de dicha obra, en el cual se destaca la diferenciación virtual genética por sobre las meras oposiciones fonemáticas y, por consiguiente, una concepción positiva de la diferencia que se distingue de la interpretación negativa de la misma prevalente en la lingüística estructural.]

Todas las lenguas tienen un sistema gramatical. La universalidad del hecho muestra que todas han debido, en su construcción, resolver un cierto y mismo problema: el problema gramatical. La cuestión, desde entonces, es identificar, bajo su condición más general, este problema: saber cuándo y cómo se plantea y cuáles son las vías de solución.

El problema gramatical se plantea toda vez que un elemento limitado entra como unidad componente en el sistema de un elemento más vasto. Hay problema gramatical cuando una frase entra como unidad componente en el sistema de una frase más extensa; de allí resulta, como sabemos, la frase compleja, con sus morfemas traslativos y conjuntivos. Y hay también problema gramatical —y esta vez, un problema gramatical muy distinto— cuando la palabra entra como unidad componente en la frase.

En uno y otro caso se ve al componente apelar, en aras de adquirir la conveniencia deseada con el compuesto más grande del cual deviene una parte, a determinantes que no le pertenecen propiamente, que se pueden aplicar a otros componentes, que valen para toda una clase, toda una especie, y acusan de ese modo una generalidad relativa tanto más grande cuanto más vasto y menos delimitado sea el campo de su aplicación posible. De los dos casos, el más rico en enseñanzas y, por esta razón, el único sobre el cual se detendrá hoy nuestra atención, es el de la palabra que entra en frase.

Mientras que la palabra tomada en sí misma (en tanto que semantema, antes de toda gramaticalización) no ofrece a la mirada sino su significación original, que no le pertenece sino a ella, a la palabra que entra en frase le es necesario producirse bajo condiciones bien conocidas (de función, de género, de número, de aspecto, de modo, de tiempo, de persona, etc.) que, transportables a una multitud de palabras diferentes, no son exclusiva propiedad de la palabra considerada, y constituyen de este modo, a su vez,

condiciones generalizantes, es decir, condiciones que comprometen a la palabra en un *movimiento de generalización*.

La gramaticalización de la palabra toma así en el fondo del pensamiento, bien en el fondo, la marcha de un movimiento comenzado en el plano de lo particular y que progresa en dirección a y en el plano de lo general. Este movimiento es el *esquema profundo*.

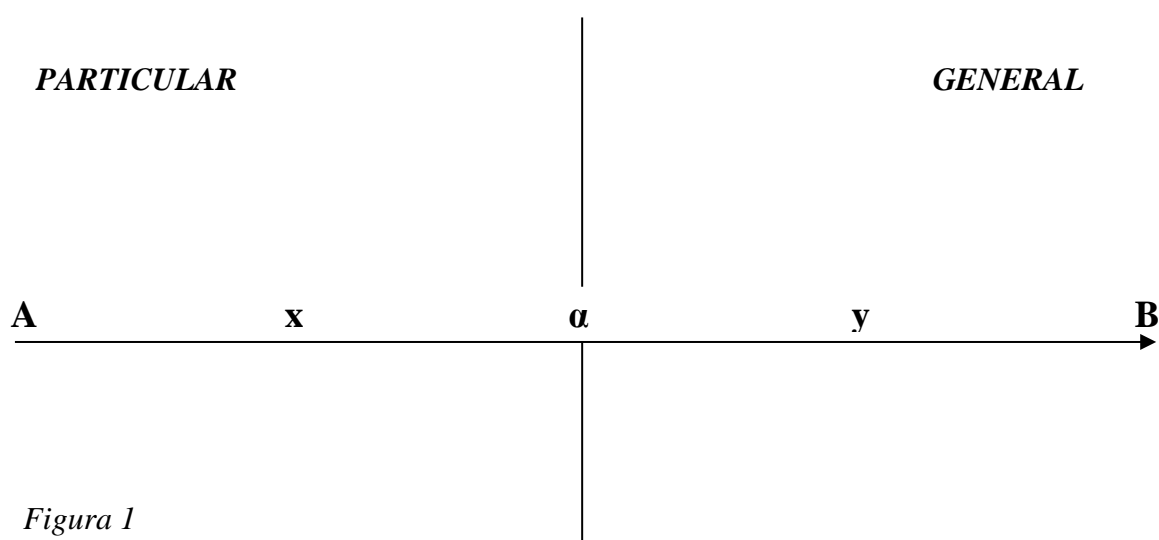


Figura 1

Esquema del movimiento de gramaticalización de la palabra.
(x=la raíz; y=la parte del discurso; B=la frase)

Un tal movimiento, tan rápido como sea, no requiere menos —tanto como todo movimiento, ya fuese de pensamiento, de “tiempo”, por pequeño que sea— para cumplirse. Y el pensamiento que, en el fondo de sí mismo —en su representación interior de sus propios actos— ve este movimiento operarse *en el tiempo*, lo penetra, lo analiza refiriéndolo al flujo del tiempo operativo que exige para cumplirse.

A este efecto, conformemente al método que se debe emplear en casos semejantes —he dado un ejemplo notable de esto en mi libro *Tiempo y verbo*¹, donde se ve la formación de la imagen-tiempo referirse, de instante en instante, al tiempo concreto, por

¹ Gustave Guillaume, *Temps et verbe. Théorie des aspects, des modes et des temps*, Paris, H. Champion, 1929 [N. del T.].

breve que sea, que exige cierta formación— el pensamiento resuelve, corta el proceso de gramaticalización de la palabra en una serie de instantes consecutivos, tan numerosos como se quiera, y confrontando esos instantes, en vías de marcar su relativa originalidad, los retrotrae a tres casos generales: *tres momentos característicos*. Estos tres momentos, identificados por el pensamiento en el proceso de la gramaticalización de la palabra, son los siguientes (ver figura 1):

1. El momento α (designado así porque es la raíz de los otros). Se sitúa exactamente entre lo particular y lo general. Este momento es, se podría decir, el *momento-clave* de la gramaticalización de la palabra.

Tan pronto como este momento se ha instituido en el espíritu de manera completa, lo particular y lo general acusan su relatividad recíproca, según una relación que hace al primero *integrante*² y al segundo *integrado*, y esta relación que expresa una ley del espíritu (lo general está hecho para envolver lo particular) se transporta a los otros momentos de la gramaticalización de la palabra: subsecuente (y) y antecedente (x).

2. El momento y : posición tomada por el pensamiento al interior de lo general. Ya no se trata pues, como anteriormente (en α), de lo general que integra lo particular, sino de lo general que se muestra integrante con respecto a sí mismo.

3. El momento x : posición suspensiva, tomada por el pensamiento al interior de lo particular, el cual, en consecuencia, se divide a su vez en particular integrante y particular integrado.

Estos tres momentos característicos α , y , x , constituyen cada uno una vista de perfil, un *corte* del movimiento de gramaticalización de la palabra. Estos perfiles, estos tres cortes α , y , x , son universalmente los umbrales determinantes de la morfología gramatical. Desde el instante en que una lengua ha elegido, para la construcción de su gramática, uno de estos umbrales, el tipo estructural de esta lengua está, en sus rasgos esenciales, fijado.

*
* *

Ya habiendo determinado estas miradas iniciales —por las vías de un análisis fundado en la alianza, en toda proporción útil, de la observación fina de lo concreto y la

² El término “integrante” debe entenderse aquí, como quedará más claro en lo sucesivo, en el sentido de “integrador” [N. del T.].

profunda reflexión abstracta—, conviene verificar su exactitud poniéndolas en relación con los hechos visibles que les corresponden en la realidad del lenguaje. Comenzaré este examen por el umbral *y*, que es (ver figura 1) el más avanzado en dirección a lo general, y aquel al cual las lenguas indoeuropeas han concedido históricamente la preeminencia. Este umbral *y*, tempranamente preeminente en las lenguas indoeuropeas es —como lo muestra el mencionado esquema— un umbral intrageneral, interior a lo general; es decir, un umbral que opone lo general a sí mismo, lo presenta integrado, y también integrante.

El umbral *y* es el umbral de cierre de cualquier semantema de una lengua indoeuropea. Sea, por ejemplo, la palabra latina *dominum*. La vemos desarrollar en sí: de A a α , la idea particular que funda en ella la significación: la de amo (de la casa); de α a *y*, las indicaciones imparticulares, y por lo tanto generalizantes (ellas llevan la palabra a su generalización final: la parte del discurso), de caso, de género, de número, cuyo conjunto constituye la flexión; y, por fin, en *y* mismo, umbral de cierre de la palabra, [la vemos] envolver el todo así formado en una generalización integrante, trascendente; la parte del discurso llamada *nombre*.

Sea incluso la palabra francesa *travaillera* [trabajaré]. La vemos, de modo semejante, desarrollar de A a α , la idea particular, en sí fundamental, de trabajo; de α a *y*, las indicaciones imparticulares, y por lo tanto generalizantes, de persona, de modo, de tiempo, formando conjuntamente su flexión; y, por fin, en *y*, umbral de cierre de la palabra, [la vemos] envolver el todo así constituido en una generalización integrante: la parte del discurso llamada *verbo*.

En la palabra de las lenguas indoeuropeas suficientemente evolucionadas³, el umbral *y*, que cierra la palabra, es el único actuante. Los umbrales antecedentes, *x* y α , son franqueados sin que el pensamiento se detenga en ellos, y el pasaje que este hace por allí, obligatoriamente, no entraña suspensión alguna, por breve que sea, de la progresión genética de la palabra, que guarda, de punta a punta, su continuidad, [*y*] evita todo hiato entre raíz, radical y flexión.

Figurativamente:

Figura 2

<p>DOMINUM</p> <p>idea particular fundamental: amo</p> <p>.....</p> <p>indicaciones imparticulares generalizantes (integradas): acusativo, masculino, singular</p>	<p> </p> <hr style="width: 10px; margin: 0 auto;"/> <p> </p>	<p>TRAVAILLERA</p> <p>idea particular fundamental: trabajo</p> <p>.....</p> <p>indicaciones imparticulares generalizantes (integradas): 3^{ra} persona del singular, modo indicativo, futuro</p>
--	--	--



Más allá del hecho de que debe, por definición, permanecer intrageneral, el umbral y —umbral de cierre de la palabra y de advenimiento de la parte del discurso— es, en el campo que le es asignado (de α a B) un umbral móvil que puede, según le sea útil, aproximarse o alejarse del umbral antecedente α . La distancia entre los dos umbrales α e y forma, en la palabra, el espacio puesto por la lengua a disposición de la morfología sufijal y flexional. Se sigue de ello que si esa distancia decrece, como consecuencia de un advenimiento cada vez más precoz del umbral y en el movimiento de gramaticalización de la palabra, las posibilidades se amplifican proporcionalmente. Las lenguas indoeuropeas han sacado partido de modos muy diversos de esta movilidad del umbral y en su plano [*plan*].

Cuando se trata del nombre, ellas han coincidido, en conjunto, en aproximar el umbral y al umbral α , de lo cual ha resultado una disminución progresiva de la flexión, que ha tendido constantemente, desde la fecha histórica más antigua, a vaciarse de su contenido de indicaciones gramaticales. Esta disminución de la flexión nominal es muy marcada en una lengua como el francés, que ha eliminado en el siglo XIV los últimos vestigios de declinación del nombre. Y ella se acerca a su máximo en una lengua como el inglés, donde el nombre no toma la marca del género.

Cuando se trata del verbo, cargado por definición con la expresión del tiempo, las lenguas hindoeuropeas han procedido de manera muy diversa. Una lengua como el francés, que se puede considerar *grosso modo* como representativa de la tendencia común de las lenguas romances, ha mantenido e, inclusive, en ciertos casos casos, amplificado, la flexión verbal. A la inversa, una lengua como el inglés ha llevado muy lejos la reducción de la flexión verbal. El verbo francés interioriza una amplia expresión

morfológica del tiempo. El verbo inglés no interioriza sino la sola expresión del tiempo memorial: el tiempo del cual la memoria puede guardar el recuerdo. Es por ello que el inglés, desde el instante en que necesita expresar el tiempo bajo su condición no memorial –ya se trate del futuro oponible al pasado, o bien de tiempos puramente virtuales concebidos por fuera de esta oposición–, se ve en la obligación de recurrir a palabras gramaticales. Los auxiliares *shall* y *will* le permiten expresar el futuro. La pequeña palabra *to*, [le permite] construir el infinitivo, que es la expresión del tiempo posible, no advenido efectivamente, [y] por consiguiente, no memorial.

El alemán, del mismo modo, ha recurrido a un auxiliar, *werden*, para expresar el futuro, no memorial, y reserva la flexión verbal a la expresión del pasado y del presente, el uno y el otro memoriales, el último parcialmente. Contrariamente a lo que sucede en inglés, la competencia de la flexión verbal se extiende en alemán al modo infinitivo. La razón de ello es que el alemán, cuyo sistema modal es más desarrollado que el del inglés, ve en el infinitivo no solo la expresión de lo posible, sentido como un futuro de una virtualidad superior, sino más bien y sobre todo la forma de lengua, tenida en memoria presente, a partir de la cual se edifica el futuro. Lo posible expresado por el infinitivo es considerado en alemán el antecedente mental del futuro, mientras que en inglés parece ser antes bien una concepción subsecuente generalizada. De una lengua a la otra, como sucede a menudo, la cronología de las nociones –cronología abstracta que juega en las lenguas un rol importante– se ha invertido.

*
* *

La existencia en la lengua de palabras gramaticales distintas da testimonio, en todos los casos, de la insuficiencia de la morfología gramatical interiorizada en la palabra. Y esta insuficiencia da testimonio a su vez del advenimiento prematuro del umbral y, productor de la parte del discurso. La palabra deviene parte del discurso antes de haber desarrollado en sí toda la morfología útil. En el caso, cuasi-hipotético, de una lengua donde la palabra no se cerrara sino después de haber desarrollado en sí toda la morfología útil, es decir, de una lengua en la cual el umbral de cierre de la palabra coincidiera con B, último punto de llegada del movimiento de gramaticalización de la palabra (prácticamente la frase), no existirían en una lengua tal palabras gramaticales distintas. La palabra, interiormente cargada con toda la morfología pensable entre α y B, sería por esto mismo una palabra que se determinaría en el espíritu en la vecindad inmediata con la frase, *en*

continuidad con ella, y, en consecuencia, incapaz de distinguirse categóricamente de ella. Este estado de la palabra existe en cierto grado en las lenguas americanas, llamadas incorporantes, polisintéticas, holofrásticas, donde se ve una palabra larga cargar con la expresión de una frase entera.

El estado de la palabra en cuestión es algo que las lenguas que nos son familiares, las cuales tienden todas a marcar fuertemente la oposición entre la palabra y la frase, han evitado sistemáticamente. Y en aras de evitar esto, se han cuidado de no tardar demasiado en cerrar la palabra por medio de la parte del discurso; ello a fin de que haya siempre entre la frase representada (figura 1) por el punto B y el umbral y de cierre de la palabra, una distancia suficiente para una discriminación neta de este último. Producir esta discriminación neta en las mejores condiciones posibles, habida cuenta del conjunto del sistema de la lengua, es uno de los fines prácticos de la parte del discurso.

El intervalo $y \rightarrow B$, variable, siendo y un umbral móvil, representa el espacio puesto a disposición de la morfología exterior a la palabra, la cual comprende el empleo de dos órdenes de medios:

a) uno es el recurso a palabras-útiles, especialmente gramaticales, de las cuales la preposición, tal como existe y funciona en francés, da una idea neta y suficiente.

b) el otro es más tardío y actúa en el último momento, en la frase misma, y consiste en la variación del orden de las palabras. Se deben agregar asimismo en numerosas lenguas las variaciones fonéticas sutiles, especialmente de tono (por ejemplo: tono sostenido, tono descendente y tono ascendente en chino), las cuales advienen tardíamente, en el habla⁴ misma⁵, en el instante en que la palabra toma allí lugar.

El umbral y aparece así no solamente como el umbral de cierre de la palabra, determinando, por generalización integrante, la parte del discurso, sino también como el umbral de fractura entre la morfología gramatical interior a la palabra, inseparable de ella, y la morfología exterior, separable. En el movimiento de gramaticalización que esquematiza nuestra figura 1, el intervalo $\alpha \rightarrow y$ representa el espacio del cual dispone la morfología gramatical interior a la palabra, la morfología gramatical subsumida bajo la parte del discurso; y el intervalo $y \rightarrow B$, el espacio del que dispone la morfología gramatical exterior a la palabra, que escapa a la subsunción de la parte del discurso.

⁴ Hemos optado por traducir *mot* por *palabra* y *parole* por *habla*, puesto que este último término se inserta en la tradición saussureana en la cual se ha establecido la traducción de la dicotomía *langue/parole* por *lengua/habla* [N. del T.].

⁵ En relación a la lengua, preexistente por definición al acto de lenguaje (poseemos la lengua en nosotros en permanencia, aún cuando no hablamos), el habla es tardía.

Siendo el umbral y un umbral móvil, el volumen respectivo de las dos morfologías, interior o exterior a la palabra, es función del advenimiento más o menos precoz o tardío del umbral y , productor de la parte del discurso, en el campo morfológico representado por el intervalo $\alpha \rightarrow B$ —el cual representa la parte del proceso de gramaticalización de la palabra desarrollada más allá de lo particular, en el plano de lo general.

Considerado *in extenso*, el campo $\alpha \rightarrow B$ de la morfología gramatical expresa una *suma constante*. El advenimiento más o menos precoz o tardío del umbral y en el campo morfológico $\alpha \rightarrow B$ —dicho de otro modo, su distanciamiento mayor o menor de α y su aproximación proporcional a B — tiene por efecto dividir esta suma constante en dos partes más o menos desiguales: la parte de la morfología que la palabra, por una suerte de *enexía*⁶, retiene en sí; y la parte de morfología que, escapando a esa enexía, se desarrolla libremente más allá de la palabra bajo todos los modos posibles en esta situación. El nombre francés que no se declina retiene en sí una parte menor de morfología que el nombre latino que se declina; consecuentemente, la parte de morfología a expresar más allá del nombre por diversos medios (palabras accesorias, orden de las palabras) es mayor en francés que en latín.

*
* *

He terminado con el umbral y . El umbral antecedente (figura 1) es el umbral α . Es un umbral del cual las lenguas hindoeuropeas no dan cuenta. Lo “traspasan” sin detenerse allí. La palabra de las lenguas indoeuropeas se propaga sin hiato desde su parte léxica a su parte gramatical, y no se clausura sino con el advenimiento de la parte del discurso, productora, lo sabemos, de una generalización final integrante que se extiende al conjunto de la palabra.

Por el contrario, el umbral α es, en una lengua como el chino, el umbral de conclusión⁷ de la palabra. La palabra no avanza más allá de él. Uno se da cuenta de entrada de las consecuencias. La palabra china, no pudiendo sobrepasar el umbral α , debe concluir antes de comprometerse, por poco que sea, en el campo $\alpha \rightarrow B$ de la morfología generalizante, situado por entero más allá de α (figura 1).

⁶ El concepto de *énexie* es un neologismo creado por el propio Guillaume [N. del T.].

⁷ Hay conclusión, no expresamente cierre, la palabra china resta, según la justa expresión de mi erudito colega M. Burnay, una palabra abierta. Es la parte del discurso la que, en nuestras lenguas, cierra la palabra.

Es por ello que la palabra china es una palabra que no retiene indicaciones gramaticales de ningún tipo. No hay en chino, *no puede haber en chino*, siendo α el umbral de conclusión de la palabra, morfología interiorizada en la palabra. Toda la morfología gramatical generalizante, subsecuente por definición al umbral α , se expresa al exterior de la palabra, sea por palabras gramaticales distintas, sea por medio del orden de las palabras, [recurso] fuertemente explotado en esta lengua, sea incluso por medio de diferenciaciones fonéticas sutiles obtenidas *in extremis* en el habla.

Una palabra china, considerada en sí misma, en sus propios límites, no toma la marca ni del género, ni del número, ni de la función, ni de la persona, ni del modo, ni del tiempo. Se limita estrictamente al psiquismo del cual detenta la propiedad exclusiva y no se propaga jamás más allá. No podría ser de otro modo para una palabra que concluye en el umbral α , no comprometida aún en el plano de lo general (figura 1) e ignora, en consecuencia, toda determinación perteneciente a ese plano.

¿Hay o no hay partes del discurso en chino? La cuestión, a menudo debatida, ha sido objeto de controversias. Bien examinada, se reduce a esto. El chino, no dando cuenta del umbral γ , y deteniendo el proceso de gramaticalización de la palabra en el umbral antecedente α (figura 1) —justo delante de ese umbral que no es ni franqueado ni ocupado⁸— no cierra la palabra por medio de la generalización integrante denominada “parte del discurso”. Así, la palabra, en el momento de concluir, no entrega partes del discurso.

Pero si uno toma la palabra en la frase, las cosas cambian de aspecto. La palabra aparece ahí bajo determinaciones gramaticales que, por restarle externas (palabras-útiles, orden de las palabras, diferenciaciones fonéticas tardías), no actúan menos sobre ella en el sentido de la generalización (estos medios pertenecen por naturaleza —aún cuando el chino tenga una manera propia de retenerlos en el plano de lo particular— al plano de lo general, representado en el esquema por el intervalo $\alpha \rightarrow B$) y, por su acción combinada, conducen a algo que, en resultado, difiere poco de la parte del discurso tal como la concebimos.

Conclusión: la palabra china alcanza su fin sin entregar la parte del discurso. Pero las condiciones de entendimiento de las cuales las partes del discurso son la expresión lingüística no son en absoluto por este motivo desterradas del pensamiento —no son sino demoradas, diferidas— y se las ve tomar existencia tardíamente en la frase formada; pero

⁸ Esta posición notable de la palabra china demandaría por sí sola un largo examen, del más alto interés.

esta existencia tardíamente adquirida en la frase tiene la fugacidad de la frase misma: ser momentáneo, pasajero, efímero, no teniendo como la palabra su sitio permanente en el espíritu.

*
* *

Me queda por examinar el umbral x , antecedente del umbral α en el proceso de gramaticalización de la palabra. El umbral x es aquel del cual dan cuenta, en primer lugar, antes de servirse del umbral y , las lenguas semíticas. Es un umbral intraparticular, interior a lo particular —como lo muestra la figura 1—, un umbral, en consecuencia, que opone lo particular a sí mismo [y] lo divide en particular integrante y particular integrado.

El particular integrante tiene por expresión física la *raíz consonántica*, compuesta generalmente —es sabido— por tres consonantes separadas; el particular integrado [tiene por expresión física] las *vocales* que vienen a llenar el vacío más o menos importante que deja subsistir entre las consonantes radicales el empleo efectivo de la raíz. En la lengua, más allá de toda actualización, de toda aplicación limitativa de la raíz, las consonantes que la constituyen son consonantes *en espaciamiento*; en el acto de lenguaje, realizador, que comporta una actualización, una aplicación limitativa de la significación de la raíz, las consonantes que la componen son consonantes *en aproximación*. Lo propio de una raíz es llevar consigo ese doble movimiento de espaciamiento y aproximación de las consonantes componentes.

La raíz, vista desde un punto de vista psíquico, es la expresión de una *noción difusiva* en expansión en todos los sentidos del pensamiento: a esta expansión difusiva corresponde el espaciamiento *físico y mental* de las consonantes constitutivas. En el acto de lenguaje que realiza la raíz, por la aplicación que le es necesaria a una visión limitada, actualizable en el espíritu, la raíz aparece sometida a un estrechamiento antidifusivo de sus consonantes componentes. Las vocales finalmente insertadas entre las consonantes radicales son la marca concreta de casos de equilibrio que se establecen en la palabra real, entre el movimiento difusivo de la raíz en *mira de potencia* [*visée de puissance*] en la lengua, y el movimiento antidifusivo de la raíz en *mira de efecto* [*visée d'effet*] en el lenguaje.

Existe, por ejemplo, en árabe, una raíz *k...t...b...* que expresa, en espaciamiento de consonantes, la idea difusiva de escribir⁹ y en aproximación de consonantes —la raíz conlleva consigo la virtualidad de los dos movimientos—, una aplicación antidifusiva de esta idea a una visión más estrictamente definida. Las vocales insertadas entre las consonantes *k...t...b...* denotan por variaciones de volumen los grados significativamente útiles de aproximación de consonantes¹⁰. A partir de *k...t...b...*, raíz que expresa de manera difusiva, y de ese modo completamente general, la idea de escribir, se obtiene por integración de vocales de enlace *a...i...*, *katib*, que quiere decir el que escribe (el escritor); y por integración de vocales de enlace *i...a...*, *kitab*, que significa la cosa escrita, el libro. La integración de las vocales *a...a...*, seguidas por una vocal cuasi-sufijal *a* confiere a la raíz el sentido de lo realizado en el pasado: *kataba*, “él ha escrito”.

Un rasgo notable de la raíz pluri-consonántica, sobre el cual no podría llamarse demasiado la atención, es la perfecta congruencia de su ser físico y de su ser psíquico. Desde el punto de vista psíquico, la raíz es una noción difusiva, que se esparce, se propaga, por una suerte de dilatación interior, en todos los sentidos del pensamiento. Físicamente reviste la forma, conveniente para esta difusión, de consonantes espaciadas y de ese modo integrantes con respecto a vocales de enlace encargadas de expresar lo que quedará de este espaciamiento cuando la raíz haya sufrido, en la aplicación, el estrechamiento semántico y morfológico apropiado.

La raíz pluri-consonántica espera de algún modo, para alojarlas en ella, en los vacíos difusivos que ella desarrolla entre sus consonantes componentes, las vocales antidifusivas que, por el grado que ellas señalan de aproximación de las consonantes, expresan el estrechamiento de la significación de la raíz en los límites de una comprensión actualizable.

Esta congruencia del ser físico de la raíz y de su ser psíquico tiene algo de asombroso, que no debería sin embargo sorprender si se consideramos bien el hecho de que un ser lingüístico, sea el que sea, es la expresión de la conveniencia de un hecho de habla (físico) y de un hecho de pensamiento (psíquico); que esta conveniencia hace al valor del signo lingüístico; que sin esta conveniencia el signo lingüístico sería inexistente,

⁹ Este sentido de la raíz *k...t...b...*, aunque ampliamente difusivo, parece haber sido precedido por un sentido aún más difusivo, difícilmente fijable. Parece como si el sentido difusivo atestiguado en toda raíz tuviese detrás de sí un sentido más difusivo, del cual él sería de algún modo una emanación más o menos antidifusiva.

¹⁰ La aproximación máxima es señalada por el grado cero de la vocal.

de nulo efecto; de donde se sigue que la conveniencia en cuestión, adquirida en un grado suficiente, es absolutamente necesaria y no podría ser demasiado completa.

Las lenguas han tendido universalmente a incrementar en el signo lingüístico la congruencia necesaria del hecho de habla (físico) y del hecho de pensamiento (psíquico). La investigación de esta congruencia es, en toda lengua, una ley directriz.

Las lenguas semíticas, en la gramaticalización de la palabra, dan cuenta, en primer lugar, del umbral x , sobre el cual las lenguas hindoeuropeas más evolucionadas se deslizan sin detenerse, y en segundo lugar, cuando la raíz ha agotado sus posibilidades de integración de vocales, del umbral y que entrega, así como en las lenguas hindoeuropeas, la “parte del discurso” y la morfología correspondiente (por afijos).

La complicación de las lenguas semíticas viene, en gran medida, del hecho de que, luego de haber intentado, en el umbral x , una integración precurrente, preventiva del desarrollo subsecuente de la palabra, después de haber ensayado alojar este desarrollo, representado por las vocales morfológicas, en la raíz consonántica, les falta a continuación —excediendo el desarrollo de la palabra la capacidad que tienen las consonantes radicales de integrar entre ellas las vocales— someter la parte de desarrollo de la palabra que la raíz, por esta razón, deja escapar —y que viene a revestir, desde entonces, la forma de afijos—, a una segunda integración recurrente y final —la parte del discurso—, capaz de abrazar, en el momento en que adviene, la palabra entera, comprendida la raíz.

En la formación diacrónica de la palabra —de la cual la formación sincrónica guarda más o menos fielmente la imagen—, la parte del discurso y la raíz se hacen, de algún modo, frente a frente, estando dotadas la una y la otra de un poder de integración que se ejerce en sentido contrario. En las lenguas semíticas, vemos reunirse las dos integraciones, la inicial y precurrente que proviene de la raíz, y la final y recurrente que proviene de la parte del discurso. En las lenguas hindoeuropeas más evolucionadas, la parte del discurso abraza de un golpe tan completamente el todo de la palabra que la raíz *integrante* deviene inútil y pasa, en consecuencia —luego de fijación en ella de antiguas vocales morfológicas—, al estado de simple radical integrado.

Como tesis general, las lenguas que, en la gramaticalización de la palabra, dan cuenta del umbral x , y por ello devienen lenguas de raíces, son lenguas que suspenden por un corto instante —el instante x — la génesis léxica de la palabra en el seno de sí misma. La raíz consonántica es la notación de una palabra en estado de suspensión genética. La expansión difusiva, “la incompletitud” del sentido de la raíz, son tanto más

grandes cuanto el detenimiento suspensivo del pensamiento en el umbral x advenga más temprano en la génesis léxica de la palabra (representada por el intervalo $A \rightarrow \alpha$ en el esquema).

*
* *

Una raíz es otra cosa que un radical. El radical toma posición en la palabra como elemento integrado, al mismo título que los elementos formadores que lo acompañan. Si digo *cantaremos* [*chanterons*], el radical *cant-* y la flexión *-aremos* son ambos integrados en la palabra, sin que el radical sea integrante con respecto a la flexión. La flexión le sigue al radical. *El radical no la aloja en sí.*

La raíz —y es esto lo que la identifica aparentemente, sin que haya necesidad de mirar el fondo de las cosas—, toma posición en la palabra no para hacerse seguir (o preceder) de elementos formadores, sino con la mira y con la capacidad de alojarlos dentro de ella, en el intervalo mentalmente existente¹¹ entre las consonantes que la componen. Es el sentimiento que tiene el sujeto hablante de este intervalo mental, y de su variación posible y útil el que, en todo último análisis, confiere a la raíz su realidad. En la ausencia de este sentimiento, la raíz (integrante) cesa de existir como tal y se resuelve, provista de vocales estables, en radical (integrado).

Las lenguas semíticas, extremadamente conservadoras en el plano de la sistemática, han permanecido lenguas de raíz. Las lenguas indoeuropeas, mucho más dispuestas a innovar en ese plano, han devenido en buena hora, y cada vez más, lenguas de *radicales*; pero muchas cosas en ellas, por ejemplo el juego más o menos conservado de alternancias vocálicas, son el testimonio de un antiguo estado donde ellas hacían un uso regular de la raíz integrante. El umbral x , intraparticular, no podía entonces ser “sobrepasado” por ellas, como sucedió más tarde, sin marcarse por un detenimiento del pensamiento: una suspensión, más o menos acusada, del proceso de gramaticalización de la palabra, cuando ese proceso alcanza este umbral.

*
* *

¹¹ El intervalo es a la vez mental y físico (congruencia del hecho de pensamiento y del hecho de habla).

Me queda, para terminar, decir algunas palabras indispensables sobre la cuestión de la “parte del discurso” y de su naturaleza profunda. La parte del discurso no es sensible en la palabra misma —desde la palabra— más que si esta se cierra sobre un umbral α , intrageneral, suscitando en el espíritu una generalización integrante que envuelve, *in finem*, todo lo que la palabra ha desarrollado en sí anteriormente: de A a α y de α a α (fig. 1). ¿Cómo, por qué operación de pensamiento, se produce esta generalización integrante final? ¿Cuál es allí el mecanismo?

Conviene, para concebirlo bien, representarse que la palabra, tan pronto como sobrepasa el umbral α , se compromete en un movimiento de generalización que nada limita expresamente (B que, en el esquema —fig. 1—, representa la frase, es un límite huidizo: la frase exige la generalización de la palabra, pero no la limita); que, en consecuencia, este movimiento de generalización ilimitado reencuentra infaliblemente, en un momento de su desarrollo, la *visión universal*.

Ahora bien, la visión universal es una visión infranqueable, una visión que no tiene un más allá. ¿Cómo subsumirla bajo una visión más vasta? En términos absolutos, la operación es imposible. El espíritu humano elude la dificultad aparecida así de repente delante de sí —que es una dificultad del entendimiento— oponiendo el universo a sí mismo bajo condiciones del entendimiento antinómicas que se llaman el *espacio* y el *tiempo*. Más exactamente, el *universo-espacio* y el *universo-tiempo*.

La distinción gramatical entre nombre y verbo no es sino la *expresión lingüística de esas dos visiones de universo*.

Hay fundamentos, entonces, para definir el nombre [como] la palabra cuyo entendimiento concluye fuera del tiempo, en el espacio; y el verbo, [como] la palabra cuyo entendimiento concluye en el tiempo.

Puesto que el nombre concluye su entendimiento en el espacio, por fuera del tiempo, es incapaz de adoptar la marca de este último. Las marcas que adopta son las de categorías de representación espaciales: número, género y clasificador, a las cuales se añade, en otro plano, el caso de declinación (función). La extensión de estas categorías espaciales al verbo (temporal por definición) no tiene lugar sino en virtud y en los límites de funcionamiento —variables de una lengua a la otra— de la ley de concordancia de la palabra temporal acarreada (el verbo) por la palabra espacial portadora (el sustantivo o uno de sus sustitutos). En cuanto al verbo, dado que concluye su entendimiento en el tiempo, es hábil para adoptar su marca. Sean, por ejemplo, las palabras *recorrido* [*course*] y *recorrer* [*courir*]. Una y otra expresan, materialmente, la misma idea de proceso; pero

la palabra *recorrido* concluye su entendimiento por fuera del tiempo, en el espacio y, consiguientemente, es nombre; mientras que la palabra *recorrer* concluye su entendimiento en el tiempo, del cual adopta la marca; *recorro*, *recorrí*, *recorría*, *recorreré*; y consiguientemente, es verbo.

*
* *

Ha llegado el momento de terminar esta exposición. Lo que he dicho de la manera en que se hace un sistema gramatical es evidentemente poco. Por comparación, lo que queda por decir es inmenso. Pero los hechos, en pequeño número, sobre los cuales he llamado la atención, simplificándolos un poco en demasía, son los hechos mayores, los hechos de trasfondo más profundos, *raíz de todos los otros*.

El conocimiento de estos hechos profundos erige una ciencia muy especial —que utiliza, en la solidaridad más estrecha, la observación fina de los hechos y la discusión analítica de las necesidades que ellos suponen—, ciencia que se me ocurre denominar *lingüística de posición* (siendo su objeto esencial localizar los umbrales, las “posiciones” a partir y en función de las cuales se marcan las “oposiciones” de la lengua: antes de ser un sistema de *oposiciones*, la lengua es un sistema de *posiciones*). Estos hechos de trasfondo, que dominan a los otros, y a los cuales acabo de dar una vistazo son, a mis ojos, la carcasa de diamante de las lenguas y, en consecuencia, de la ciencia del lenguaje.

Traducción: Pablo Nicolás Pachilla